

## **FINANZAS ALTERNATIVAS Y TRANSFORMACIÓN SOCIAL: HACIA UN SISTEMA ESTATAL DE BANCA ÉTICA DE LAS ORGANIZACIONES SOCIALES**

**Frente al economicismo** frío e impersonal que ha invadido todos los ámbitos de nuestra vida, se alzan cada vez más voces e iniciativas que buscan **devolver la economía a su papel original**, de medio para la satisfacción de las verdaderas necesidades de las personas y de la sociedad. Buen ejemplo de dichas iniciativas son, sin ir más lejos, el comercio justo y el consumo responsable, cada vez más conocidos y puestos en práctica en nuestra sociedad, y que gracias al apoyo de cada vez más personas están poco a poco cambiando mentalidades y hábitos, y promoviendo y construyendo un mundo menos deshumanizado en lo económico.

**Las iniciativas de banca ética, las finanzas alternativas, y el ahorro solidario y responsable** constituyen en conjunto otro movimiento en esa misma línea, y pretenden concienciar a las personas y a las entidades de la necesidad de reflexionar sobre nuestras relaciones con el sistema financiero y sobre el tipo de sociedad al que contribuimos a través de las mismas. Por ejemplo, preocuparnos no sólo por la “rentabilidad monetaria” que obtenemos de nuestro dinero, sino también por su “**rentabilidad social**”, es decir, por su capacidad de impulsar hacia un mundo mejor, menos deshumanizado, más justo y más solidario.

Básicamente, las motivaciones de las personas y entidades que se interesan y se involucran en las finanzas éticas tienen que ver con dos enfoques, dos perspectivas de acercamiento, distintas pero complementarias.

Un primer modo de acercamiento procede de **un proceso de reflexión en busca de una mayor coherencia interna entre valores y prácticas**. Por ejemplo, cada vez existen más personas y entidades comprometidas y ocupadas al servicio de valores como la paz, la justicia, la solidaridad o el desarrollo sostenible. Y perciben como un **contrasentido** que su dinero trabaje sin descanso, veinticuatro horas al día, al servicio de intereses opuestos o contradictorios, mientras es manejado por la gran banca tradicional. Descubren así su propia necesidad de abstenerse de ser cómplices de esa situación, y deciden rescatar su dinero de los circuitos tradicionales y ponerlo a trabajar como un **instrumento** -al alcance de muchos- para intervenir en la **transformación social** por un mundo mejor y más justo. Y es que, puesto que toda decisión económica tiene evidentes implicaciones éticas, deciden optar por utilizar su dinero en coherencia y al servicio de sus propios valores.

Este enfoque tiene mucha relación con una intuición que poco a poco se va extendiendo entre más y más personas comprometidas en el terreno social, y que se origina en una necesidad cada vez más común y más sentida: acabar con el hecho de que el ámbito económico de nuestras vidas sea una realidad autónoma que no se integra armónicamente con el resto.

La idea central sería algo así como redescubrir primero, y potenciar de una manera creativa después, el papel de lo económico, de la parte de nuestra vida y de nuestra actividad ligada a la actividad económica, en el conjunto de nuestra implicación social y de nuestro compromiso transformador.

**Conseguir integrar a nuestra economía en la misma tensión que impulsa el resto de nuestra vida.** Y que del mismo modo que se nos quedan cortos los valores, los hábitos y las prácticas sociales que se nos proponen -desde las instancias creadoras de opinión- en otros ámbitos de la vida (en lo cultural, en lo social, en lo familiar, en lo laboral, en lo

espiritual...), fuéramos cada vez más sintiendo la necesidad de no conformarnos, de buscar, de ir más allá, también en lo económico.

Comenzando, claro está, por lo más cercano. En nuestros roles como consumidores y como productores. Como trabajadores y como empresarios. Como ahorradores y como inversores. Podríamos sentirnos llamados -sin duda- a hacer cosas nuevas pero, también, a hacer nuevas todas las cosas.

Pero existe también otro modo de acercamiento al mundo de las finanzas éticas. Después de un **análisis de la realidad desde el punto de vista de sus estructuras económicas**, no es difícil concluir que es necesaria otra economía, inspirada por otros valores opuestos a los defendidos por el sistema capitalista, para fomentar y ayudar a construir ese “otro mundo posible” que muchos deseamos y por el que trabajamos.

Porque es cierto que nuestra sociedad y nuestras relaciones sociales están muy influidas, casi condicionadas, por el modelo económico que se nos propone (o impone). Pero es que, a su vez, dicho modelo económico es impuesto y gobernado por los grandes actores financieros planetarios.

Para combatir las consecuencias de los valores y prácticas del actual sistema financiero se hace necesario atacar las causas. Pero ello no será posible sin **reapropiarnos** primero, en la medida de nuestras posibilidades, de la propiedad, el control y la gestión de un sistema financiero actualmente en manos de élites ávidas únicamente del máximo lucro económico.

**Un sistema financiero que más bien parece que se sirve de las personas**, que las usa como instrumentos en su búsqueda ciega de beneficios, **pero que no nos sirve en nuestros deseos de impulsar una sociedad más humana y más justa.**

No es difícil ver las consecuencias del modelo actual. Están ahí, a la vista de cualquier observador: bancos con escasa transparencia, que se dedican a la especulación financiera o inmobiliaria, que comercian con paraísos fiscales para facilitar la evasión de impuestos, que –gracias al secreto bancario- amparan negocios oscuros o abiertamente inconfesables, y permiten la corrupción y el lavado de dinero.

Pero este modelo actual del sistema financiero “tradicional” también produce efectos en cada uno de nosotros, en nuestra psicología, en nuestros valores, en nuestros hábitos y en nuestra concepción de lo que es o no excepcional o normal. Veámoslas, en palabras de Luis Ferreiro:

“La **confianza** es la base del sistema financiero y monetario, todo él se sostiene enteramente por la fe que se tiene en él. No olvidemos que se habla de él como un sistema de crédito o fiduciario. Sin embargo, la confianza que practica el sistema económico vigente está deformada, es interesada, busca la seguridad, es ambiciosa, especulativa y avara. Es una confianza que no se deposita en las personas, sino en alguna cualidad o recurso que ésta posee, de ahí que privilegie a los enriquecidos, fuertes, inteligentes y eficaces. Es, además, una confianza en la virtud del dinero, por lo que su reverso es la desconfianza hacia el pobre. Sin embargo su éxito ha sido clamoroso: ha logrado la confianza de toda la sociedad en un sistema impersonal, de modo que la mayor parte de nosotros entreguemos a unos desconocidos, para su gestión, lo que no entregamos a los amigos (nuestros ahorros).

El sistema financiero está basado en el **lucro** derivado del rendimiento del dinero. El **dinero**, que es un medio, se ha convertido en sus manos en un fin. Las instituciones financieras han conseguido relacionar a la inmensa mayoría de las personas del planeta con ellas y, a través de ellas, entre sí. Esta relación es asimétrica porque gira en torno a las necesidades de unos y al interés de otros, de modo que, utilizando los medios de los propietarios, se llega a esclavizar a los desposeídos. Estas instituciones han extendido una mentalidad basada en la ficción de que el dinero es el origen y esencia de la creación y multiplicación de todos los bienes económicos, ignorando que el origen de toda riqueza real es el trabajo.

El sistema financiero se basa en el cálculo del **riesgo** al servicio de la avaricia. Existen unas matemáticas financieras destinadas a prever y asegurar las ganancias. Los economistas dicen que el sistema financiero es un sector de la economía donde se pueden crear recursos

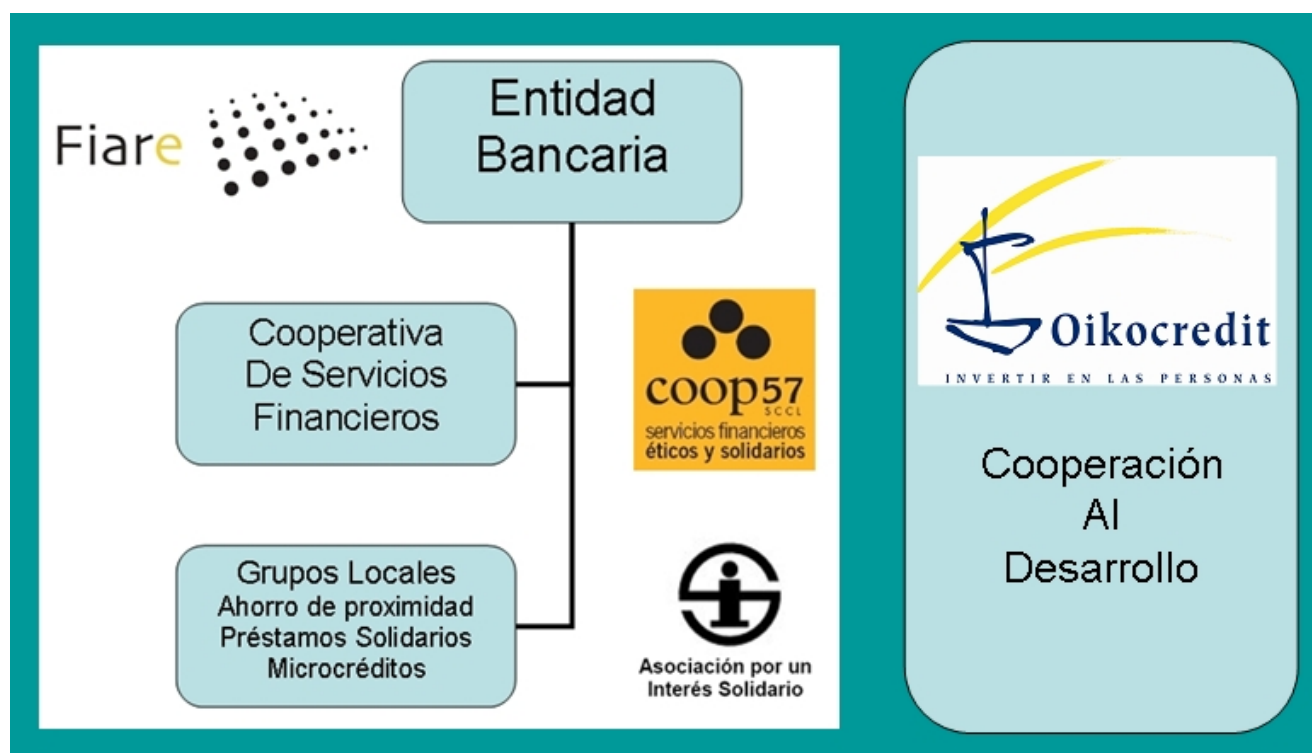
desde la nada. Pero a pesar de esto no puede, o mejor, no quiere crear la felicidad de los empobrecidos. Acepta riesgos temerarios, con peligro de quiebra, en pos de una ganancia superflua, para los que ya tienen excesivas riquezas, pero se asegura contra todo riesgo de la insolvencia del necesitado. Más aún, como se ha demostrado en los últimos decenios, el afán de ganancias desmesuradas de los especuladores financieros ha arruinado a países enteros, pagando los pobres la irresponsabilidad y la avaricia de los ricos. La evolución del sistema ha dado lugar a un juego de cara o cruz que consagra la irresponsabilidad y que consiste en: cara ganan los ricos, cruz pierden los pobres”.

Para hacer frente a todo ello, las personas y entidades involucradas en las finanzas alternativas y solidarias son conscientes de que, a la vez que se combate por devolver a la ciudadanía el control del actual sistema financiero, necesitan establecer sinergias y colaborar juntas en la construcción de nuevas estructuras financieras al servicio de las verdaderas necesidades sociales y personales.

Actualmente, en nuestro país, está en marcha un proceso de confluencias encaminado al desarrollo de lo que ya se conoce como “**sistema estatal de banca ética**”, en el que están involucrados multitud de personas, grupos y entidades, diseminados por toda la geografía estatal, de orígenes, naturaleza e identidades plurales, con amplia base social y ciudadana, y que bien podríamos agrupar en varios niveles, complementarios e interrelacionados.

Entidades que podríamos englobar en lo que a veces se denomina “Tercer Sector”, y que comprende ámbitos como la cooperación al desarrollo en los países empobrecidos, la intervención social con colectivos excluidos o marginados, la inserción social y el fomento del autoempleo, el cooperativismo y la economía social y solidaria, o el fomento o desarrollo -bajo distintas formas jurídicas posibles- de actividades sostenibles económica y ambientalmente.

Entidades que no sólo son las principales clientes destinatarias de los servicios de este sistema estatal de banca ética, sino que están llamadas a ser, además, las titulares y propietarias del mismo, imponiendo sus objetivos sociales y de gestión, y garantizando de esta forma su orientación no al servicio del lucro, sino -más allá del legítimo interés propio- al servicio de los intereses de los terceros más desfavorecidos.



En el nivel inferior de ese sistema se encuentran muchos grupos informales y entidades, que generalmente trabajan en un ámbito territorial local, mediante instrumentos como los préstamos solidarios, los microcréditos para excluidos financieros y las promotoras de empresas sociales. Uno de ellos es la Asociación por un Interés Solidario (AIS) de Sevilla ( [www.aisolidario.org](http://www.aisolidario.org) ).

En el nivel intermedio, existe una cooperativa de servicios financieros (Coop57 sccl) presente ya en varias comunidades autónomas, y que está especializada en la atención al cooperativismo, a los movimientos sociales y las empresas de la economía social ( [www.coop57.coop](http://www.coop57.coop) ).

Estos dos niveles operan fuera de las regulaciones y controles establecidos por la administración pública y que son obligatorios para todas las entidades del sistema financiero formal y regulado (bancos, cajas de ahorro, cooperativas de crédito -o cajas rurales- y establecimientos financieros de crédito). Ofrecen por tanto productos financieros (de ahorro y préstamos) que podríamos denominar “parabancarios”, cuya seguridad, garantías y riesgos se apoyan en una máxima cercanía y conocimiento de la realidad, y en una confianza depositada en los proyectos y las personas, sin que ello suponga un menor análisis y rigor en el estudio de la viabilidad económica y del interés social de los proyectos financiados.

En el nivel superior encontramos una entidad bancaria (FIARE) regulada y controlada por la administración competente, inserta –por tanto- en el sistema financiero formal, construida desde y para las entidades del Tercer Sector y la economía social y que, desde los principios de la banca ética (coherencia, transparencia, participación y democracia), ofrece productos de ahorro y préstamos con la vocación de constituirse en una alternativa elegible por la ciudadanía como “su primer banco”, y desde ahí actuar significativamente por la transformación del sistema financiero y de la sociedad. Su reto es claro: ser capaz de demostrar que es posible hacer finanzas solidarias y alternativas, banca ética en definitiva, sometidos a los mismos controles y regulaciones que las demás entidades bancarias, pero guiados por unos valores opuestos a los de la banca lucrativa y capitalista ( [www.proyectofiare.com](http://www.proyectofiare.com) ).

En paralelo con estos tres niveles y en estrecha relación con ellos, existe también una cooperativa internacional (Oikocredit), con presencia en tres comunidades autónomas en nuestro país, y cuyo campo de trabajo se enmarca en lo que se conoce como “cooperación al desarrollo”, ya que transforma el ahorro solidario y responsable de miles de personas y entidades, procedentes de muchos países, en microcréditos y otros servicios financieros para las personas y entidades que, en los países más empobrecidos, ponen en marcha iniciativas económicas para labrarse un futuro mejor y una vida digna ( [www.oikocredit.org](http://www.oikocredit.org) ).

Son niveles **complementarios** porque todos ellos son conscientes de que, por sí mismos, son incapaces de abarcar toda la realidad a la que las finanzas solidarias han de dar respuesta.

Por ejemplo, los grupos pequeños de ámbito local pueden atender con proximidad y agilidad muchas situaciones que se escapan de las posibilidades de cualquier entidad bancaria formal. Crean cultura asociativa, educan en la participación y la autogestión, y dinamizan los tejidos sociales por su contacto cotidiano con las pequeñas realidades.

Pero, por su reducida capacidad en recursos humanos y económicos, necesitan colaborar para hacer frente a proyectos de envergadura o a problemáticas comunes. A modo de ejemplo podríamos mencionar su incapacidad para hacer frente a solicitudes de préstamo de importes elevados, o de ofrecer productos de ahorro con plena garantía para las personas que no pueden o no quieren asumir riesgos, o servicios cotidianamente

demandados por la ciudadanía, como cuentas corrientes o tarjetas para uso en cajeros automáticos.

Pero, además, los niveles anteriores están **interrelacionados** porque cada uno de ellos no trabaja aisladamente de los demás. En parte, porque son los mismos círculos de personas y/o entidades las que, en bastantes casos, aportan sus recursos en unos y otros niveles. Pero también, porque no será posible una entidad regulada de banca ética en nuestro país, social y ciudadana, si se construye de espaldas a las entidades que desde hace tiempo trabajan en la economía y las finanzas solidarias y alternativas.

Conscientes pues de su respectiva **insuficiencia**, las entidades de los distintos niveles colaboran en los distintos campos en lo que ello es posible, pues todas se reconocen movidas por un mismo núcleo de principios compartidos (coherencia, transparencia, participación, democracia, solidaridad, autonomía y arraigo al territorio o sector), manteniendo al mismo tiempo cada una la fidelidad a sus orígenes, sus señas específicas de identidad y sus dinámicas propias de funcionamiento.

Cada nivel o entidad se va poco a poco especializando en su labor y en el tipo de servicios, dedicándose a aquellos productos o clientes a los que mejor respuesta da, o que quedan lejos del alcance y posibilidades de las demás entidades. Pero no con el ánimo de competir entre ellas, de explotar ávidamente nichos de mercado exclusivos, sino con el deseo común de, entre todas, atender la mayor parte de las necesidades que la sociedad demanda desde criterios éticos, sociales y de sostenibilidad.

Desde el punto de vista de algún ahorrador o inversor particular pudiera parecer que todas estas entidades compiten entre sí por captar recursos, depósitos de dinero. Y en cierto sentido y en algunos casos así pudiera ser. Pero eso no es visto como un problema, porque les une un objetivo común. Por el contrario, desde todas las entidades que forman parte del sistema estatal de banca ética, se considera que **la competencia auténtica no está dentro, sino fuera.**

Está en la inmensa mayoría de entidades comerciales tradicionales que captan dinero ofreciendo a cambio sólo más dinero, alimentando nuestra avaricia con el señuelo de un tipo de interés algo superior al que ofrecen otros. Unos pocos puntos porcentuales con los que pretenden tapar nuestros ojos, nariz y oídos, y comprar nuestro derecho a saber y a decidir sobre el uso de nuestro dinero. Un dinero que, una vez captado, en su mayor parte va a engrosar los mecanismos especulativos que amenazan con reventar nuestras sociedades y destruir el planeta.

Entidades deseosas también de ofrecer sus préstamos a cualquiera que demuestre que es capaz de devolverlos -o que tiene patrimonio suficiente para responder en caso de problemas- sin que importe nada qué actividad va a financiarse ni las consecuencias sociales de la misma. Y después alarmándose a coro de las consecuencias “indeseables” de sus actuaciones.

Esos principios y esas prácticas –socialmente dañinos, insolidarios e insostenibles- son en verdad la auténtica competencia del sistema estatal de banca ética. Desvelar su toxicidad y promover otro modelo de intermediación financiera es su forma de hacerle frente. Hacer banca alternativa pero plenamente fiable, que transmita seguridad y genere confianza y complicidad, y no para lucrar a sus propietarios, sino para transformar la sociedad y contaminar al resto del sistema financiero “tradicional” de una ética que nunca debió perder de vista.

Miguel Ángel Jiménez  
Mayo de 2008.